

procurado amar, desde que lo conozco, con continuo pensamiento. A esta causa andaba como transportado y absorto; que no atendía, ni respondía a lo que le decían, especialmente en el lugar de su ordinario asiento, que era en el tránsito de la portería, delante de un crucifijo, donde después de muerto lo pintaron. Allí lo vio un religioso agustino, llamado fray Luis de Ramos (que entonces era huésped en aquel convento de Toluca, y salía a la portería), arrebatado en éxtasis, con el rostro encendido como un fuego; y aunque le habló no le respondió, ni sintió salir de casa. Y lo mismo dijo haber visto en veces el organista del convento, llamado Juan de Vargas Becerra. Con los seglares que acudían a la portería a sus negocios, siempre hablaba de Dios, y lo mismo con los frailes dentro de casa; y ninguno le oía hablar palabra ociosa sino todas de edificación. Muchas veces le oían cantar, así de día como de noche, andando arrebatado en Dios, estas palabras: Señor mío Jesucristo, para siempre seáis bendito de mí y de todo espíritu. Como su sinceridad era extremada, y no menos el respeto y obediencia que tenía a su prelado, instigaban los frailes a su guardián que le preguntase cosas de su vida pasada, por curiosidad de saberlas y alabar a Dios en la santidad de su siervo, porque realmente lo tenían por santo, sin hallar cosa de que le pudiesen tachar, y él respondía simplemente a lo que su prelado le preguntaba, aunque algunas veces con turbación y temor, si era cosa que le podía acarrear propria alabanza; porque es propiedad de los santos el temor y la reverencia, y atribuir a Dios todo lo bueno que en sí conocen, diciendo con David:<sup>2</sup> Señor, no a nosotros, sino a vos, se debe toda gloria y alabanza. En especial mostró este recato y sujeción, preguntándole una vez cerca de su virginidad, si la había guardado toda su vida, porque se turbó, no sabiendo qué decir; y por no mentir, no respondió otra cosa sino que sabía Dios que le había sido fiel en su amor y servicio; y es de creer que si no hubiera conservado esta preciosa margarita de la limpieza y virginidad, que no diera esta respuesta, en especial poniendo a Dios por testigo, ante cuyos ojos (como dice el Profeta) todas las cosas están desnudas de duda y son muy claras y manifiestas, y están vestidas con limpieza de toda verdad.

CAPÍTULO LXXV. *Que prosigue la vida del santo fray García, y cosas maravillosas que Dios obró por él y de su santa muerte*



OSAS MARAVILLOSAS OBRÓ EL SEÑOR por medio de este su siervo en diversas ocasiones que se ofrecieron, de las cuales es una, que morando en el pueblo de Tehuacan, que es tierra caliente y hay gran copia de hormigas, eran notablemente molestas al santo fray García en la oficina del refectorio, porque no dejaban cosa que se pudiese comer, según la mucha cantidad que cargaba de ellas sobre cada cosa de lo que allí se ponía.

<sup>2</sup> Psal. 113.

No pudiendo sufrir esto el siervo de Dios mandóles por obediencia, con gran sinceridad, que se fuesen y no entrasen más allí, lo cual ellas cumplieron inviolablemente, que aunque llegaban a la puerta de la oficina, ninguna de allí adelante se vio entrar dentro. Esto contó, muchos años antes que fray García muriese, su guardián que a la sazón era en Tehuacan, al padre fray Gerónimo de Mendieta, siendo su guardián en Tlaxcalla, hombre de toda verdad y muy esencial religioso. Y como este milagro era tan notorio, preguntóle después otro su guardián, morando el siervo de Dios en Toluca, ¿cómo había desterrado las hormigas de la oficina de Tehuacan? A lo cual respondió fray García que viéndose afligidísimo por no poder guardar cosa de comer en aquella oficina, un día, con esta aflicción, hizo oración a la gloriosa Santa Ana, pidiéndola fuese intercesora para que se viese libre de aquella plaga; y luego, confiando en Dios, se levantó y mandó a las hormigas se saliesen fuera todas, sin quedar alguna, y no entrasen más allí; y parece que movidas de aquella obediencia se salieron luego todas fuera y nunca más volvieron, aunque llegaban a la puerta y a la ventana. Y que de esto se había de dar la gloria (después de Dios a la gloriosa Santa Ana). Cuando iba a morar a aquel convento de Toluca le tomó la noche en una visita de Coyohuacan, que ambas son villas del marqués del Valle, y la iglesia de aquella visita es de la vocación de la bienaventurada Santa Lucía. A la mañana, cuando quiso partir de allí para proseguir su camino, no le fue posible descubrir un indio que lo guiase y le llevase cierto hatillo que traía consigo; y estando afligido porque se hacía tarde y temía que había de llover y no podría hacer jornada, púsose en oración delante del altar de la santa y le pidió le socorriese en aquella necesidad. Hecha su oración salió a la puerta de la iglesia que mira hacia el camino real y vio venir por él, hacia sí, dos indios de gentil disposición, y llegados junto a él les preguntó ¿de dónde eran y adónde iban? Ellos le respondieron que eran de Toluca y que para allá iban. Rogóles entonces fray García que lo guiasen y le llevasen aquella ropilla, pues pesaba poco y ellos iban descargados; lo cual, de muy buena voluntad, hicieron. Llegados a Metepec, donde hay monasterio nuestro, una legua de Toluca, fray García los acercó, habiéndoles preguntado sus nombres y el barrio donde tenían sus casas; y lo uno y lo otro le dijeron. El siervo de Dios les dijo luego que le esperasen y les sacaría algo que comiesen y entróse dentro, dejándolos a la puerta. Volviendo luego prestamente para despedirlos no halló rastro de ellos. Llegado a Toluca inquirió por sus nombres y barrio que le dijeron; mas tampoco los pudo descubrir. Instando fray García sobre esto y preguntando por ellos muchas veces le contó a su guardián lo que le había pasado con ellos y añadió que vivía con este dolor de no haberlos hallado para agradecerles y satisfacerles la caridad y buena compañía que le hicieron, dando gracias a Santa Lucía, que oyó su oración. Mas puesto que fray García no lo declarase así, todos los que lo supieron tuvieron por entendido que aquéllos fueron ángeles, enviados de Dios para aquel ministerio, como el ángel San Rafael para acompañar al mozo Tobías<sup>1</sup> en su

<sup>1</sup> Tob. 3.

viaje, porque si fueran indios aguardaran la comida y se hallaran sus nombres y barrios; y también parece cosa extraordinaria llegar al tiempo y punto de aquella urgente necesidad.

Un vecino de Toluca, llamado Miguel González, dio testimonio que llegando él a la portería de aquel convento, rabiando de dolor de muelas de que andaba notablemente atormentado, el siervo de Dios fray García le preguntó qué era la causa de su venida y la pena que traía y que comunicándole su dolor el santo varón le puso un dedo sobre todas las muelas, con que se sintió luego sano y nunca más le volvió el dolor.

Doña Ana de Reinoso, mujer de Nicolás de Robles, dijo también que llegando ella, en días de parir, a la portería del dicho convento a pedir confesor, y estando allí sentada y triste, llegó el santo fray García, y habiéndole ella rogado que la encomendase a Dios, el santo le respondió que no tuviese pena, que el día siguiente, a la hora que él esto le decía, habría parido un hijo; lo cual sucedió así como lo dijo.

Al síndico del mismo convento de Toluca, llamado Francisco Rodrigue Magallanes, habiéndosele muerto la primera mujer con quien había casado y estando viudo de ella, le dijo que no casase segunda vez porque padecería muchos trabajos y que vería la justicia por su casa, y le llevarían a su mujer sin poderlo remediar; mas él no curando de lo que el siervo de Dios le decía, dos años después le sucedió todo lo susodicho, que la justicia le sacó la mujer de casa sin saber él la causa, porque había pedido divorcio; y esto contó él con lágrimas a un religioso.

Habiendo pestilencia en el pueblo, de que morían muchos niños, fue este varón santo con un sacerdote a un obraje de un español llamado Juan García, y todos los niños que le sacaron para que los bendijese y tocase con sus manos vivieron, y los demás casi todos murieron; lo cual contó después el dicho Juan García y otros españoles. Algunos días antes que muriese de una enfermedad prolija que tuvo, estuvo muy inquieto en la cama, y de cuando en cuando se levantaba con sobresaltos sobre ella, diciendo: Ea, ea, como quien riñe con alguno; y dos, o tres días antes que expirase, habiendo estado una noche en extremo inquieto, después de las dos de la mañana, se levantó con gran furia, diciendo las mismas palabras: Ea, ea, con más priesa que de antes y dio en las tablas de la cama un muy gran golpe, y dijo en alta voz: Caído ha el espíritu; con lo cual se tornó a acostar, quedando muy sosegado y lo estuvo hasta que dio el alma a Dios; fue esto lucha que el siervo de Dios tuvo con el adversario enemigo nuestro, que le debía de tentar en algunas cosas de la fe, por ver si le podía derribar de la alteza de su perfección, para que incurriendo en alguna desesperación o duda de las cosas que hasta entonces había creído, tuviese entrada para sus falsas y detestables persuaciones. Y así, esta lucha que este santo lego tenía era espiritual, la cual se hace con repugnancia de voluntades como fue la que hubo en el cielo entre Michael y sus ángeles con el príncipe de las tinieblas Lucifer y sus secuaces, en el principio de su creación;<sup>2</sup> el cual, pugnando por el apetito de la semejanza de Dios, le con-

<sup>2</sup> Supra tomo II. lib. 6. cap. 37.

tradedía San Miguel, diciendo: ¿Quién como Dios en el cielo ni en la tierra? Y con esta repugnancia que le hizo, acompañado de los espíritus que fueron de su parecer vencieron al demonio, cayendo de aquella perfección y alteza a la mísera de la culpa y tinieblas en que ahora Dios lo tiene condenado, como dice el santo profeta Isaías<sup>3</sup> y lo refieren algunos doctores; de manera que la lucha espiritual es con armas espirituales repugnantes, unas de otras; pero como no reinaba pecado en el espíritu de este lego santo, no podía el demonio vencerle; antes él, fortificado con la gracia de Dios, le hacía guerra; y esto es lo que amonesta San Pablo,<sup>4</sup> diciendo: No queráis dar lugar en vuestra alma al demonio, que es como si dijese: No consintáis en sus persuasiones, porque con ellas hace la guerra; y Santiago dice:<sup>5</sup> Resistid al demonio y huirá de vosotros, y esto es no dar lugar ni entrada al demonio, con repugnancia de voluntad; la cual tenía este apostólico varón, y con ella fue Dios servido que en esta ocasión le venciese, y que quedase sosegado y victorioso. Al tiempo de su muerte se cumplió lo que él algunos días antes había dicho, que no moriría desacompañado; y fue así que como los religiosos del convento, por ser Cuaresma andaban fuera confesando los indios por las visitas, vinieron todos al convento sin ser llamados en un mismo día, y queriéndose otra vez partir para volver a su obra, les fue forzoso tornar del camino para hallarse en su muerte, que fue un día, a las tres de la tarde, año de 1591. El pueblo todo, sin ser convocado, se juntó a ver muerto al que siempre en vida tuvieron por santo y lo vieron, sin comparación, muy más hermoso que cuando vivo, y más tratable y blanco su cuerpo que antes, y lo estuvo otro día siguiente, después de haber estado toda una noche sobre el suelo frío. Y no sólo tratable, mas aun caliente, según lo afirmaron muchos españoles que sin podérselo estorbar los frailes llegaron con sus manos a sus pechos y espaldas, habiéndole rompido el hábito y llevado sus pedazos por reliquias. Pasados diez meses, después de su muerte, estando el guardián del convento ausente, el presidente, que en su lugar quedó, teniendo muy gran deseo de ver aquel cuerpo santo por su devoción, hizo abrir la sepultura y hallólo entero y convocó a todo el convento para que lo viesen y alabasen al Señor. Estaba sin corrupción alguna, los ojos enteros, los cabellos y barba como cuando murió, tan pegados que con mucha dificultad le pudieron arrancar algunos. La ternilla de la nariz y las orejas sanas y buenas, que tirando de ellas no había manera de dar de sí, y el hábito y capilla no estaban podridos, ni en la sepultura había algún género de mal olor. De casi todo lo arriba dicho que pasó en Toluca, en vida y muerte del varón santo fray García de Salvatierra, dieron testimonio de ello seis sacerdotes, firmado de sus nombres.

<sup>3</sup> Isai. 14. Mairon. lib. 2. sent de 8. q. 2.

<sup>4</sup> Ad Ephes. 4.

<sup>5</sup> Epist. Iac. 4.